

ted sabe bien, mi buen amigo, que no es cierto que yo mandase prender á Ocampo: tampoco que yo le pidiera á usted la órden para que se le fusilara; y menos que yo cambiara la que usted dió respecto de Ugalde." Esto debe entenderse á la letra, como esta escrito. Adviértase que allí no digo que á mí me hubiera dado la órden, sino que me refiero á la que dió al Ayudante; y aún esto lo escribí no porque se la oyese dar, sino porque así lo dijo en aquel tiempo, DESPUES DE LA EJECUCION; pero ya hemos visto que cuando reconvinó al Ayudante, este le contestó: "que la órden que le dió fué para que se fusilara al prisionero." Conste así, y téngase presente, por si se quisiera hacer mal uso de dicha frase, tergiversándose su verdadero sentido.

Creo que dejo bien explicado lo que pasó. Por ello se ve que yo no dí la órden para la ejecución de Ocampo. Que esta desgracia se debió solo á la equivocacion de un Ayudante. Que de esta equivocacion tuvo la culpa Zuloaga. Y que cuanto este ha dicho contra mí con relacion á este asunto, es falso.

Habana, Agosto 5 de 1891.

L. MÁRQUEZ.

LA MUERTE DE OCAMPO.

UN DATO MAS.

Se comenta muy vivamente en todas partes el manifiesto que D. Leonardo Márquez publicó en la Habana con el fin de sincerarse del cargo que Zuloaga formuló contra él por la muerte de Ocampo.

La opinion pública, ha mucho tiempo, se habia fijado en que fué el Lugarteniente del Imperio, como en el presunto responsable del crimen de Tepeji; pero despues la duda surgió y la responsabilidad la compartieron Márquez y Zuloaga.

Hoy, leído el folleto de aquel, la verdad es que esa duda se ha acentuado, y crece el interes que se tiene en averiguar á quién se debió la muerte del ilustre dueño de Pomoca.

Si hemos de ser francos, diremos que predomina en los círculos sociales el parecer de que D. Félix Zuloaga debe responder al

manifiesto de Márquez con algo más claro, explícito y amplio, que la carta remitida á *El Tiempo* y que hoy reproducimos.

Manifiestar, como manifiesta en ella, que relega al desprecio las calumnias de Márquez, y que apela á la opinion, seguro de que no le será adversa, no es *ni lavarse las manos*. En asuntos de trascendencia tal, esa opinion que invoca el Sr. Zuloaga, exige precisamente algo más razonado que la declamacion de quien se indigna por ser victima de justas ó injustas inculpaciones. Protestar sin pruebas, no es rechazar satisfactoriamente ningún reproche.

En el manifiesto de Márquez, escrito por cierto con mucha incorreccion, hay ataques contra la conducta de Zuloaga, que necesitan una completa vindicacion, si posible es. El interesado obrará como guste, pero debe tenerse en cuenta que, aun *comociendo la sociedad y la nacion entera á uno y á otro*, (como dice el Sr. Zuloaga) *y aun siendo pública la historia de ambos*, ni la luz de la verdad ha brillado todavía en este asunto tenebroso, ni pueden Márquez ó Zuloaga vanagloriarse con justicia de que las opiniones estén acordes en designar á cualquiera de los dos como el asesino, absolviendo al otro. La indecision continúa en el ánimo público, aunque la impresion producida por el folleto

de Márquez ha sido notable, inclinando un poco el juicio de algunas personas, en favor del compañero de Zuloaga.

Es indispensable, pues, que la verdad se depure, y que la Historia registre el nombre del verdadero responsable de un crimen cuyo recuerdo ennegrece aún la conciencia del partido conservador, é indigna todavía á los buenos liberales y á los hombres honrados.

Es oportuno dar aquí cuenta de lo que nos ha referido persona verídica, cuyo nombre podremos revelar en caso preciso.

Nos decía, pues, al leer el manifiesto de Márquez y la carta de Zuloaga:

“Era yo practicante del hospital de San Jerónimo, en tiempo del Imperio, y curaba en él á un soldado herido, de apellido Morales. Hablando por acaso de Morelia, en donde nací, y de D. Melchor Ocampo, decíale á mi enfermo que yo debía favores al mártir de Tepeji y tenia de él gratisima memoria.

Y entonces se produjo este diálogo, que repito casi tal como fué:

—Pues señor, me dijo Morales: tenia usted razon en quererlo; era muy bueno.

—¿Lo conoció usted?

—¡Cómo no! Figúrese usted que lo ví fusilar. Por cierto que se recargó en un arbolito, un *pirú*, y allí lo tronaron.

—Y ¿cómo pudo usted presenciar su muerte?

—Porque, la *verdad*, yo era de los de Lindero Cajiga, y estuve presente al fusilamiento.

—Márquez lo fusiló, según se dice.

—No, señor; no fué él.

—Bueno; pero él dió la orden y es lo mismo.

—Tampoco. Yo no puedo asegurarle á vd. de positivo nada, porque, como vd. debe de comprender, un soldado como yo, poco sabe de lo que pasa por arriba; pero á lo menos sí me acuerdo bien de que entre la tropa corrió la voz de que el General Zuloaga, que era el que mandaba, había dado la orden para que fusilaran al Sr. Ocampo. Yo creo que entre él y el General Taboada *estuvo la cosa*...

Conque, ¿cuál de los dos?....

J. A. CASTILLÓN.

Carta de don Félix Zuloaga.

México C. de vd., Septiembre 1º de 1891.

Señor D. Victoriano Agüeros.—Presente.

May Señor mio:

En el diario de usted de hoy, he leído un manifiesto de D. Leonardo Márquez, fechado en la Habana el 5 de Agosto último. Se contrae á de fenderse de lo que se dijo contra él hace dos años en los periódicos de esta capital con relacion al fusilamiento del Sr. Ocampo, y se refiere á las noticias que yo he dado acerca de este asunto.

Está en un error el Sr. Márquez creyendo ó suponiendo que en esto he obrado con posesion en contra suya. Yo nada he dicho ni publicado espontáneamente; varios señores *reporters* de periódicos me interrogaron con instancia, y á esto sólo se debió que yo hablara, haciendo las explicaciones de los hechos conforme á lo que recuerdo y me consta. Me llena ahora de cargos y de insultos el Sr. Márquez; pero del contesto mismo de su escrito se desprenden estos dos conceptos: 1º *Se aprehendió al Sr. Ocampo sin orden mia y aun sin mi consentimiento*; 2º *Se fusiló al Sr. Ocampo sin orden mia y aun sin mi consentimiento*. Esto es bastante para mi completa vindicacion.

Por lo demás relego al más absoluto desprecio los insultos y las calumnias de Márquez, que, viniendo de semejante personaje, ningún daño me hacen ni me manchan siquiera. La sociedad y la nación entera nos conocen á uno y otro, pública ha sido la historia de ámbos, y yo me atengo á la opinión que de mi persona y de mis actos está formado, seguro como estoy, por otra parte, de que nadie dará crédito al cúmulo de inexactitudes y falsedades contenidas en el tardío y extravagante manifiesto citado.

Soy de usted atento servidor. — *Pélio Zuloaga.*

Se ve por la carta que antecede, que el Sr. Zuloaga no sólo pone á discusión el asunto, tan negro para los conservadores que todos se lavan las manos, sino también la personalidad de Márquez, á quien afecta despreciar.

Por lo visto, la prensa conservadora le hace ascó á este punto negro y odio de su historia más odioso y más negro todavía. Así de Don Quijota cuando le dijo á Sancho que era poco menéallos.

Por lo demás, nos satisface que, aunque tardío, se manifieste el arrepentimiento de sus culpas. Pero lo preciso que se declare quién mandó fusilar á Ocampo.

El remordimiento del crimen.

Pocas conciencias tan elásticas como las de los fanáticos y con especialidad la de aquellos que tienen como lema el *crédele temáto* de los tiempos bárbaros de la edad media.

El fanatismo, ha justificado, ha hecho más, ha querido santificar todos los medios con tal de llegar á sus fines.

Por eso bendice las armas de sus soldados y les cuelga escapularios y reliquias para que vayan al combate.

Por eso entonces *Te Deum* después del triunfo, que cree más glorioso cuanto mayor es el número de víctimas sacrificadas y la sangre ha corrido con más profusión.

También hace la remisión de los pecados y abre la gloria eterna al que mata infieles ó muera á manos de éstos.

El partido conservador entre nosotros para el de los cruzados, servirá á la iglesia y vivirá de ella.

Los liberales hemos sido los infieles, los

ateos, los que merecíamos la hoguera de la inquisición ó la horca de los villanos.

Empero, mayores que las argucias del fanatismo son los gritos de la conciencia.

Las manos armadas por el fanatismo para matar liberales, al verse manchadas con sangre, que no han podido ser creada por el viento otoñal de varios años, se crispan y se esconden.

El agua bendita no ha podido lavar esas manos ni esas conciencias.

Por eso vemos actualmente, despues de treinta años, que dos de los primeros corifeos del partido conservador, tratan de quitarse el infamante peso de un crimen imputándoselo el uno al otro.

El asesinato de D. Melchor Ocampo ha hecho que sus autores se horroricen de él; que hoy que los ánimos están serenos, que las conciencias están tranquilas, que la luz de la verdad brilla y que la severa historia será inflexible, sienten el remordimiento y la estigma.

La prueba más evidente de la monstruosidad de ese crimen, es que, los que ayer creyeron ejercer un acto de justicia, que los elevaba en el ánimo de sus adeptos, hoy sienten vergüenza, horror, y buscan la vindicacion ante sí mismos, ya que no les es posible alcanzarla á los ojos de la República.

Los Generales Márquez y Zuloaga en los

últimos dias de su existencia quieren huir de su propia conciencia como huía Cain; pero eso es imposible.

No queremos nosotros reagravar su remordimiento; creemos que merecen compasion, tal vez perdon, por haber sido los sugestionados por esos espíritus negros que aun flotan dañando el aire, empañando nuestro cielo.

(El Partido Liberal)

El español que vive en nuestra República...
El hombre honorable y virtuoso...
La prueba más evidente de la monstruosidad...
El asesinato de D. Melchor Ocampo...
Los Generales Márquez y Zuloaga en los...

últimos días de su existencia usó de sus facultades para su propia conciencia como para el mundo.

No queremos nosotros resarvar en favor de semejantes crímenes que merecen condenación. Tal vez por ahí se pueda saber algo de los sucesos.

Sobre el fusilamiento de Ocampo.

(El Estado Libre)

Dice lo siguiente *El Universal*:

“Podemos ofrecer á nuestros lectores un dato importante en la cuestion Márquez-Zuloaga, ahora que se ha puesto sobre el tapete. Se trata de una revelacion que hasta hoy nadie ha publicado.

Un español que vive en nuestra República, hombre honorable y verídico, era pagador de la brigada Mejía en los días en que se cometi6 el asesinato del ilustre Ocampo y se encontraba junto á Márquez y Zuloaga en los mismos instantes en que se orden6 el fusilamiento del ilustre reformista.

He aquí lo que refiere ese caballero español:

Se habia dado orden de capturar al chinaco Leon Ugalde y fusilarlo en el acto de ser aprehendido.

El general Zuloaga jugaba á los albuces en

una casa de Tepeji, completamente absorto en los resultados de sus apuestas.

D. Leonardo Márquez, en pié, atras de Zuloaga, veia correr las cartas con repugnancia, porque siempre ha sido enemigo del juego.

En estos momentos, penetr6 á la habitacion el ayudante Andrade y le dijo á Márquez: “Mi general, ahí está el preso.”

“Que lo fusilen,” contest6 Márquez.

“Está cumplida la orden”—dijo el ayudante Andrade, entrando nuevamente á la habitacion. “Muri6 ya Ocampo”

—¿Qué dice usted? exclam6 Zuloaga sorprendido.

—Que han fusilado á Ocampo, contest6 D. Leonardo Márquez.

—Pero si yo habia creido que el preso era Ugalde! repuso Zuloaga.

Despues de un instante, exclam6:

“En fin, ¡Dios lo ha querido!”

¿Qué quiso decir Zuloaga con estas palabras?

Responda su conciencia á la pregunta.

Y que la comenten los lectores con su buen juicio.

Nosotros creemos que Dios no puede haber querido que se asesinara á un hombre indefenso como si fuese un bandido.

De los sucesos de la noche de la fusión y el fusilamiento de Ocampo.

Esto no es cierto por que el Graf Me... y... no estaba en Tepeji

las conciencias, pero por pura conveniencia. Ahora, viejos ya los que presenciaron la reducida victoria de los conservadores, y el Imperio, instigados por el progreso que les pregona por sus campos el silvido de la locomotora, les viene el arrepentimiento y en penitencia denigran el negro entonces que les perteneció, para que no hereden sus hijos el estigma de traidores.

El cura Domingo Morales, Piedad Trejo, Félix Montero, Ramon Alcántara, Agustín Igneras y Manuel Carral, formaron el grupo que se acercaba amigablemente ya al general Zuloaga, ya á Márquez, ya á Maximiliano, ya á los jefes del partido liberal; sin ser conservadores, ni imperialistas, ni liberales. D. Piedad Trejo, el más conocido en Tepeji del Rio, solía abrigar á unos y otros en su hogar y sentarlos a su mesa. Quizás en su juicio sobre la culpabilidad de Márquez y Zuloaga, al emitirlo, haya visto el fiel loco de la balanza de precisión de la conveniencia y echado mucho peso en el platillo del ausente que no puede volver á la patria y muy poco en el segundo platillo á causa de la muy corta distancia del otro general. D. Piedad revela hechos que hay que tener muy en cuenta, porque fué testigo de ellos, estando cerca de Zuloaga y Márquez, á su paso por Tepeji del Rio.

Al enterar-se del objeto de mi viaje, el Sr. Trejo exclamó:

—¡Qué equivocación, ni qué equivocación había de haber en el fusilamiento de Ocampo!

—Cómo, señor, ¿no hubo la equivocación que aseguran Zuloaga y Márquez?

—Pues no. Dígame usted si yo no lo había de saber, si todo lo vi!

—Entonces, ¿cómo aconteció la muerte de Ocampo?

—En primer lugar diré á usted que no tengo certidumbre de lo que dice Zuloaga de que en mi casa comían ese día; es cierto que una que otra vez comían conmigo. Estaban alojados en la casa de la familia del general Rosalío Flores. Llegaron de la villa del Carbon á las once de la mañana; ya traían á Ocampo. Luego aprehendieron á León Ugalde; venía en la diligencia que un tal Pedro Saint-Père conducía; á orilla de la población le dijo:—Las fuerzas de Márquez y Zuloaga están aquí.—No importa; no me conocerán.—Lo van á conocer á usted.—No, adelante. Ugalde se puso un traje de dril sobre su uniforme de militar y así entró en el pueblo. Al llegar al meson de San Antonio le conocieron; uno lo rió y dijo:—Ahí está León Ugalde. Y le aprehendieron. Estaba oculto en un rincón del coche. Inmediatamente le

encapillaron en un cuarto del mismo meson. Apénas lo supimos, el cura Domingo Morales, Félix Montero, Ramon Alcántaro, Agustín Igáeras, Manuel Corral y yo empezamos á movernos para salvarlo. Vimos á Márquez á Zuloaga, á Taboada y á todos los principales, y nada pudimos conseguir. La fuerza lo sacó del meson de San Antonio para irlo á fusilar á Las Trojes y detras de la fuerza íbamos nosotros pidiendo y suplicando el perdón; por fin, ya en Las Trojes, en el momento en que íban á encerrar en el cuadro, lo salvamos; nos lo trajimos al meson; le dimos una copa. Ugalde venia muy enfermo, no podia andar; traia dos incordios. Saliamos del meson de dejar á Ugalde, cuando oimos decir: Ya van á fusilar al Sr. Ocampo; lo tienen en capilla.

—¿Quién les dió la noticia?

—No recuerdo, no sé quién; la oimos decir. —Pues ya verá usted: el mismo grupo de personas, á la cabeza el cura Morales, fuimos á casa del general Rosalío Flores. Estaban Zuloaga, Márquez, Taboada, Zires y todos, creo que en junta de generales; nos dirigimos á Márquez y Taboada.—Señor, le manifestamos á Márquez, venimos á pedir que no fusilen á Ocampo; nos van á perjudicar: Ocampo es un grande hombre, de mucha representación.—No hay remedio, no hay remedio.—Tal vez los liberales nos quieran perjudicar

cuando pasen por aquí.—No hay remedio, no hay remedio.

—Y los otros, ¿no hicieron nada para salvar á Ocampo?

—Nada pudimos conseguir de todos ellos.

—Ahora verá usted,—prosiguió el Sr. Trejo:—el cura Morales fué al meson de las Palomas á ver si lograba que Ocampo se confesara. El Sr. Ocampo le manifestó:—“No se moleste usted, yo estoy bien con Dios y él está bien conmigo.” Cuando lo sacaron del meson, atras fué el cura queriendo convencerlo. Por acá pasó entre la fuerza (El Sr. Trejo vive en la calle real, entre el meson de las Palomas y de San Antonio). Recuerdo bien: iba en un caballo *mapano*, llevaba un saquito de dril aplomado, con una varita jugaba las crines. ¡Mucha serenidad! mucha serenidad! Se fueron á Caltengo; á su salida manifestó que deseaba adicionar una cláusula á su testamento y la escribió en el despacho de la hacienda. Después supimos por Andrade que Márquez habia ordenado que colgaran el cadáver. Nosotros lo encontramos colgado de las axilas.

Ya verá usted—continuó D. Piedad:—Nos interesamos en descolgarlo; Márquez no quería. Por medio de Taboada, lo conseguimos: Al descolgamos á las cuatro de la tarde. Al otro dia, pasando Márquez con la tropa por

la casa donde lo velábamos, me dijo:—Haga usted que ese cadáver se sepulte. Vi que salía de la población y no le hice caso. Indiqué á las autoridades la conveniencia de dar aviso al Ministro de la Guerra á México y telegrafio que enviarán el cadáver á Cuautitlán, que allí lo esperaba y recibiría una fuerza. Tenía desfigurada la cara; ordené á mis panaderos, entre ellos Apolonio Rio, que se la lavarán. Lo metimos á un cajón y así fué. Los que lo condujeron pagaron el pato: al llegar á Cuautitlán, indignados los soldados, los insultaron, los injuriaron, hasta querían pegarles.

—¿Quién fué, pues, el culpable: Zuloaga ó Márquez?

—Zuloaga era un pobre hombre, si ni había nada.

—De la muerte de Ocampo, ¿qué opinaron los demás?

—Todos manifestaron disgusto.

—Y el testamento, ¿qué sucedió con él?

—Ahora verá usted el paradero: Ocampo se lo entregó á Taboada, para que lo pusiera en manos de su familia; pero Taboada no lo entregó. Con que un día Robles Pezúela, de paso por acá, me refirió:—“¿Qué dice, Piedad, que á la fuerza de Taboada le quitaron el testamento de Ocampo? Nicolás Romero había derrotado á Taboada en la Hacienda de

la Concepcion, cerca de Tepozontlan, y le habia quitado el testamento.

—¿Márquez tuvo la culpa de la muerte de Ocampo?

—Márquez era el principal, el que verdaderamente mandaba y ordenaba todo.

—¿Usted lo conocia bien?

—Sí; y en tiempo del imperio estuvo otra vez aquí. Vea usted lo que era: Maximiliano se hospedó en mi casa y me dijo:—“Nos prepara usted una buena cena.” Márquez, cuando estuvimos á solas, me indicó ante el Ministro Aguirre:—“Mándenos usted preparar dos cenas por otra parte.”—¿Qué no cena usted con el Emperador?—“Yo no ceno con ese tal por cual....”—¿Qué todavía no le sale la pulla? preguntó el Ministro Aguirre á Márquez.—“¡Ah, ya verá! ¡ya verá! No sé qué le habia hecho el Emperador; creo que era por lo del destierro á Europa, no sé donde; el caso es que por Maximiliano salió fuera de México algún tiempo.”

Don Nicolás Corral, actualmente Presidente de Tepéji del Rio, ese dia de la muerte de Ocampo era el administrador del mesón de las Palomas, donde estuvo y fué encapillado.

Cuenta el Sr. Corral:

—Supé que estaba Ocampo, hasta que el criado, á quien le pidió agua, me lo dijo.

—¿Ya lo conocía usted?
—No; yo, asombrado de la noticia, me fui detrás del criado que le llevó el agua, para conocerlo; me asomé á la puerta; lo vi: estaba sereno.

—¿Ya estaba en capilla?

—Sí; en ese mismo cuarto, número ocho. Como á medio día, pidió papel y tinta; hizo su testamento. A las tres de la tarde, lo fueron á sacar para fusilarlo. Yo me guardé el tintero que le sirvió, como una reliquia. Y se me acaba de perder ahora que me trasladé á otra casa.

—¿Vió usted el fusilamiento?

—No; supe que el Sr. Ocampo murió con mucho valor, que repartió todo lo que tenía á los soldados que le dispararon; que ya que le iban á apuntar vió á un corneta, de cuerpo pequeñito, y le dijo:—“A ti no te he dado nada ¿verdad? Toma.” Y le dió un peso que le quedaba en el bolsillo. Después oí decir á los mismos soldados:—“Al jefe Aldama le fue bien, le tocó las chaparreras.”

De Tepeji del Rio á Caltengó hay una lengua corta; de uno y otro lado del camino sacaban sus rāmas fresnos, moreras silvestres,

higueras y durazneros; de trecho en trecho un manantial atraviesa el camino; aquí y allá asoman sus aleros mohosos una que otra cabaña. Cuando aparece la aridez, está uno en terrenos de Caltengó: un caserón y á uno de sus costados un manzanar defendido por altas paredes. Cien metros más adelante, el camino real se bifurca; en el ángulo sobre una pequeña elevación, vive un pirú con dos brazos descortezados, carcomidos, viejos, secos. El árbol quiere ser una cruz. El fervor por él lo revelan las cerraduras y lo astillado. Un retoño zancón arranca del tronco, haciendo contraste. Llegábamos al árbol: los caminantes al pasar, junto á él, se quitaban el sombrero.

Y me dijo el guía:

—No pasa ninguna tropa sin que le haga los honores: tocan alto, hacen una descarga, ponen las armas á la funerals y la banda de música ejecuta una marcha fúnebre.

Después de la publicacion del folleto en la Habana sobre la muerte de Ocampo por el general don Leonardo Márquez, y la contestacion del Sr. general Félix Zuloaga, ésta

ha querido decir la última palabra sobre tan importante cuestion. He aquí nuestra entrevista:

—¿Quién dió la orden para aprehender á Ocampo?

—Lo ignoro.

—¿En qué lugar y á quién fué entregado el Sr. Ocampo?

—En Huapango, estancia de Arroyozarco, y al general en jefe que era Márquez.

—¿Quién supo primero la aprehension de Ocampo: usted ó Márquez?

—Márquez, que fué á quien se presentó Cajiga.

—¿Podia Cajiga obrar sin orden superior?

—Entiendo que no; pero no fué de orden mia.

—¿Qué grado tenia Cajiga?

—Por mí, no tenia ninguno, á no ser que otro le haya conferido algún grado.

—¿Qué le dijo usted al Sr. Ocampo la primera vez que le habló usted?

—No recuerdo haber hablado con el Sr. Ocampo, ni si lo ví; pero sí lo que hice: fué recomendarlo á Taboada que estaba encargado de su custodia por Márquez.

—¿Creia Ocampo que lo iban á fusilar?

—No sé.

—¿Quién lo tuvo bajo su vigilancia luego que Cajiga lo entregó?

—El general Taboada, que mandaba la caballeria.

—¿Hubo personas que interpusieron su valimiento para salvar á Ocampo?

—No; si no se sabia si lo iban á fusilar.

Conmigo, ninguna; pero sé que mi esposa, á petición de Saligny, envió carta á Márquez,

que llevó don Antonio Colomo y llegó fuera de tiempo, empñándose para que no se fusilara al Sr. Ocampo.

—¿Qué generales estaban en Tepeji?

—No recuerdo; solo estoy cierto del coronel don Agustín Diaz, con quien me incorporé á Márquez con cosa de 300 hombres que llevábamos.

—¿Qué hacian en el momento que fusilaban á Ocampo?

—Estábamos almorzando en la fonda de la Diligencia, cuando llegó Andrade, ayudante y jefe del estado mayor de Márquez, á darle parte del fusilamiento, noticia que me sorprendió y suceso que Márquez atribuye á equívoco de mi ayudante, segun el mismo Márquez expresa en el último párrafo de su *Memoria*.

—¿Le ordenaron que se dispusiera á morir?

—Lo ignoro.

—¿El general Negrete firmó el testamento antes ó despues del fusilamiento?

—Lo ignoro.

—¿Por qué no fusilaron también á Leon Ugalde?

—Supongo que Márquez lo indultaría.

—¿Quién mandó el cuadro que fusiló á Ocampo?

—Lo ignoro.

—¿Quién ordenó que colgaran el cadáver de Ocampo?

—Lo ignoro; pues de lo que pasó en Caltengo, donde fué fusilado, no sé nada.

—¿Cómo juzga usted á Ocampo?

—Que era un hombre de capacidad y de los más eminentes del partido liberal. Pero al ser aprehendido no estaba en el Gobierno.

—¿Qué dice usted del folleto de Márquez?

—Todo está lleno de falsedades.

—¿Qué dijo usted á Márquez al saber el fusilamiento de Ocampo?

—Me indigné al saber el fusilamiento y prevení á Márquez que mandara procesar á Taboada y Andrade por esa equivocacion que este último dijo que se había cometido.

—¿Cómo juzga usted á Márquez?

—Me abstengo de dar juicio sobre su persona.

—Si no ordenaron la aprehension de Ocampo, ¿por qué no le dieron libertad?

—No dependia de mí, sino del general en jefe, Márquez.

—¿Perseguió á Ocampo?

—Por mi parte, nó.

Testigo bastante autorizado es el Sr. general Miguel Negrete que estuvo en aquella época cerca de Márquez y Zuloaga, cuando aconteció la muerte de Ocampo, para que su dicho sea tenido muy en cuenta en esta cuestion histórica:

—Señor general, ¿quién es el culpable de la muerte de Ocampo, Márquez ó Zuloaga?

—En esta vez, como en la primera, pongo á su disposicion los dos tomos de mis Memorias.

Y lei en el segundo, en la página 160: "Un dia recibí una orden del señor general Márquez para que marchara á unirme con él á Cuautitlan, donde se encontraba con una fuerza respetable que traia de la Sierra. A las diez de la mañana me incorporé con mi fuerza á las del Sr. Leonardo Márquez y con bastante disgusto supe que esa mañana, á las ocho, habia fusilado al Sr. Lic. D. Melchor

Ocampo y que éste, antes de fusilarlo, había hecho su testamento, al que le faltaba una firma de un testigo, prestándome yo voluntariamente para legalizar dicho documento con una firma, no obstante ver que todos se rehusaban firmar. Esta ejecución se había hecho por orden del señor general D. Félix Zuloaga que aparecía allí con el título de Presidente."

—Bien, general; pero yo quiero detalles.

—Al apear me en la casa del general Rosalío Flores, donde estaban hospedados los principales jefes, me dijeron: "¿Ya sabe usted lo que pasó?" — "¿Qué?" — "Acaban de fusilar á Ocampo." — "¿Dónde?" — "Ahí; en el camino está colgado."

—Pero, ¿quién lo fusiló?

—A mí me dijeron: "La que lo ha fusilado fué la fuerza de Lindero Cajiga." Y él mismo fué, porque así me lo han dicho.

—¿A que ahora llegó usted á Tepeji del Río?

—Yo llegué entre diez y once de la mañana del día que lo habían fusilado.

—¿Qué decían los jefes?

—Había un disgusto entre los jefes superiores; el mismo Taboada estaba disgustado.

—Y usted, ¿qué impresión recibió?

—Mala impresión. He sido siempre y soy enemigo de los asesinatos políticos; pues he

salvado á infinidad de personas del patíbulo, cuando ha estado de parte mía salvarlas.

—¿Y las personas caracterizadas de la población?

—Trejo, en una conferencia que tuvimos, me dijo que habían hecho una barbaridad.

—Si usted no vió la muerte de Ocampo ¿cómo firmó usted su testamento?

—Lo firmé á las diez de la noche, despues de cenar, cuando ya lo habían fusilado.

¿Cómo es eso?

—A mí me habló Taboada para que lo firmara yo.

—¿En que clase de papel estaba escrito?

—En un pliego de papel simple.

—¿En poder de quien quedó el testamento?

—Lo recogió Taboada, creo; no estoy cierto.

—General, ¿no supo usted si la orden del fusilamiento había sido dada por Márquez ó Zuloaga?

—No puedo contestar. Supela al llegar que lo habían fusilado, no supe dónde, ni cómo.

—Cuando el fusilamiento, ¿estaban en Tepeji los generales Francisco Velez y Agustín Zires?

—Sí, señor; estaban los generales Velez y Zires.

—¿Y el general Ignacio Alatorre?

—No, ese no; se había quedado conmigo en la Villa del Carbon.

—Después de la entrevista, ya á la salida y al darle la mano, me advirtió el popular general.

—Oiga usted: cuidado con decir que me confesó, como dijo *El Monitor Republicano*; yo no me confieso con nadie: yo digo la verdad.

El señor general Ignacio Alaforre, actualmente Ministro de México en Guatemala y que era teniente coronel á la muerte de Ocampo, me concedió una entrevista que tiene importancia por estar de acuerdo con lo que han dicho otras personas de autoridad.

—¿Estaba usted en Tepeji del Rio cuando fusilaron á Ocampo?

—No; estaba yo en la Villa del Carbon á las ordenes inmediatas del general Miguel Negrete; entonces yo era teniente coronel y él era coronel.

—En qué parte tuvo usted noticia del fusilamiento?

—No recuerdo bien, creo que en la Villa

del Carbon; pero la recibimos con indignación. Desde entonces todos estuvimos mal.

—¿Quién cree usted que dió la orden?

—Creo que fué Márquez. Zuloaga era un pobre hombre que no hacía nada. Y si no ha querido Márquez, no fusilan nunca á Ocampo.

—¿Quiénes estaban en Tepeji?

—Deben haber estado Miguel Andrade, Gálvez, Domingo Herran, Platon Roa, no sé si Cobos, tal vez Francisco Velez. Ismael Piña, que era el tesorero de Márquez; estaba de ayudante el general Lorenzo Cabañas.

—Y de qué manera supo usted la noticia?

—De esta manera: "Que habia sido aprehendido el señor Ocampo y que Lindoro Cajiga lo habia fusilado." Pero Lindoro Cajiga ha de haber llevado orden de alguno, si no, estoy seguro de que no lo hubiera hecho.

—¿Negrete firmó el testamento de Ocampo antes ó despues de su muerte?

—Ni sabia que Negrete hubiera firmado el testamento, ¿qué lo firmó?

—Sí, señor, firmó el testamento.

—Es la primera noticia que tengo. No sabia esta circunstancia, ni me la explico.

—¿Alguna vez Zuloaga le habló á usted del fusilamiento de Ocampo?

—Nunca vi á Zuloaga. Supo que andaba con Márquez.

—¿Y qué dice usted de lo que afirma Már-

quez en sus *Apuntes para la historia*. . . .
"mandé que se le diese guardia con bandera
(á Zuloaga), cuyo servicio cubrió el 6.º Bata-
llon de Línea que estaba mandado por el te-
niente coronel Alatorre?"

—Lo que dice Márquez es mentira; estaba
yo distante de ese campo de operaciones. Ni
he dado guardia de honor á Zuloaga.

Y de qué manera supo usted la noticia?
—De esta manera: "Que había sido apre-
hendido el señor Ocampo y que Lindoro Ca-
jiga."

El coronel Agustín Díaz, jefe de las fuerzas
del general Zuloaga mucho antes de que se
incorporaran á las de Márquez, contesta á mi
serie de preguntas así:

—¿Dónde se unió usted al general Már-
quez?

—En el monte Huichilac, cerca del Guarda,
el general Zuloaga recibió una carta del ge-
neral Márquez, en la que decía que estaban
por llegar fuerzas extranjeras á México, para
hacer algunas reclamaciones; que lo invitaba
á pasar á su campamento como Presidente de
ella República y con el carácter de gobierno
conservador, para que aquellas tratasen con él
y tuviera respetabilidad. La carta en papel de

y como

seda estaba escrita con agua de arroz, apare-
ciendo las letras al pasarle cierta tintura. Y
nos incorporamos en la Villa del Carbon con
la fuerza que custodiaba el general Zuloaga y
que ascendía á 300 hombres.

—¿Quién dió orden para aprehender á
Ocampo?

—Me supongo que fué el general Márquez,
porque quien lo aprehendió fué Lindoro Ca-
jiga, administrador de la hacienda de Arroyo
Zarco, y cuyo jefe estaba á las órdenes direc-
tas del general Márquez. Si hubiera sido el
general Zuloaga, lo natural era que me hu-
biera dado la orden, mejor que á otro jefe,
puesto que yo había llegado con el general
Zuloaga y con mi fuerza había ido por él á
Tlalmanalco.

—¿Dónde supieron la aprehension de Ocam-
po?

—En la hacienda de Huápango, y lo supe
hasta que llegó Lindoro Cajiga con Ocampo
preso. Gritaron todos: ¡Allí está Ocampo!

—¿Hablaron con Ocampo los generales Zu-
loaga y Márquez?

—Supongo que hablaron.

—¿Quién dió la orden de fusilar á Ocampo?

—Es de creerse, es de suponerse y casi
de afirmarse, que quien la dió fué el general
Márquez.

—¿Por qué cree usted esto?

—Porque quien verdaderamente mandaba era el general Márquez y no el general Zuloaga, puesto que, como he dicho antes, Ocampo fue aprehendido por Lindoro Cajiga, que estaba subordinado directamente al general Márquez desde antes que se incorporara el general Zuloaga al cuerpo del ejército. Y Ocampo estuvo preso en uno de los cuarteles de los cuerpos que formaban la brigada del general Taboada, subordinado directamente al general Márquez, y cuyo jefe, el general Taboada, no hubiera otorgado una orden del general Zuloaga si se la hubiese dado; puesto que en el ejército conservador las órdenes se reciben por sus conductos, y aunque el general Zuloaga recibía título de Presidente, nadie le obedecía directamente; sino que se obedecían las órdenes del general Márquez.

—¿Hubo alguna comision de personas que interpusiera su influencia cerca del general Zuloaga ó del general Márquez para salvar á Ocampo?

—Oí decir que había algunas; pero yo no las ví, ni hablé con ellas.

—¿El general Negrete firmó el testamento de Ocampo antes ó despues del fusilamiento?

—No lo sé. Hasta este momento sé que el general Negrete lo firmó.

—¿Cómo supieron que habían fusilado á Ocampo?

—Como se saben las cosas en un campamento, por las noticias que se trasmitían unas á otros: que lo habían fusilado y que no se había querido confesar.

—¿Quién mandaba el piquete de fuerza de ejecucion?

—Fue un oficial de uno de los cuerpos que formaban la brigada del general Taboada.

—¿Cómo se llamaba?

—No recuerdo. ¿cómo había de recordar cómo se llamaba? No recuerdo á veces ni el nombre de mis hijos!

—¿Qué generales estaban en Tepeji del Rio?

—Negrete, José María Galvez, Taboada, Juan Bautista Argüelles y José Gutierrez. El teniente coronel Ignacio R. Alatorre y el general Francisco Velez estaban en la Villa del Carbon.

—¿Márquez era el jefe?

—El que mandaba á todos. Juzgue usted lo que era por esto: En las Cruces, al salir para Huisquilucan, en el camino, satisfecho de mi conducta el general Zuloaga, indicó que se me nombrara comandante de artillería, al quitar las piezas á Valle; y el general Márquez nombró á Inclan. Esto prueba que quien mandaba era Márquez y no Zuloaga. El general Zuloaga no es capaz de matar un

pollo; consi lere usted si habia de matar á Ocampo.

D. Luis Larrauri, hoy retirado á la vida privada, era el 3 de Junio de 1861 el jefe de la caballería de la Sierra con el grado de coronel; además fué íntimo amigo de Lindoro Cajiga.

—Usted estaba en Tepeji el 3 de Junio de 1861?

—No; no estaba yo allí: andaba por la Sierra, en San Juan del Río, á las órdenes del general Mejía.

—¿Qué impresion produjo la noticia de la muerte de Ocampo?

—Recibimos la noticia con indignacion, más poniendo en libertad á Leon Ugalde que era del mismo San Juan del Río.

—¿Qué juicio se formaron del fusilamiento?

—Todos dijimos que era una pifia, una barbaridad, poniendo en libertad á un bandido y fusilando á un hombre de esa clase.

—¿Cómo les refirieron la noticia?

—Así nada más: "Han fusilado á Ocampo y puesto en libertad á Leon Ugalde."

—¿El señor Zuloaga dió la orden de la ejecucion?

—Zuloaga era un manequi, no era nadie. Llevaba el nombre de Presidente, pero no era nadie.

—Entonces, ¿quién la dió?

—Creo que fué Márquez, Zuloaga harlo sufrió, no era nada.

—Y el general Mejía, ¿obedecia á Zuloaga?

—D. Tomas Mejía era el segundo en jefe; respetaba á Zuloaga.

—Y usted ¿qué era?

—Jefe de la caballería de la Sierra con el grado de coronel.

—¿De qué manera le refirieron la muerte de Ocampo?

—En la Laborcilla, Querétaro, Lindoro Cajiga me dijo que le habia ofrecido dinero Ocampo; que el deber de él era entregarlo al general en jefe, lamentándose precisamente de la libertad de Leon Ugalde, fusilando á un hombre político y que Ocampo le habia dicho, cuando lo traia preso, que si la cuestion era por dinero y que él dijo que su deber era entregarlo al general en jefe.

—¿No le dijo por qué lo habia aprehendido?

—Que se lo denunciaron en el terreno que ocupaba él y lo aprehendió.

—¿Habia recibido orden?

—Creo que no tenia orden.

—Lindoro Cajiga ¿de dónde era?

—Lindoro era de Santander; tendría hoy de edad como de cincuenta y cuatro á cincuenta y cinco años; era administrador de Arroyozarco.

—Y usted qué cree, ¿por qué aprehendió á Ocampo?

—Que hacia un servicio á la causa que defendía. Esa es mi creencia.

—Pero Cajiga ¿qué le dijo á usted?

—Pues eso que le digo: allí en la Laborcilla, quejándose precisamente conmigo, me decía: —“Trabaja uno para que maten á uno y dejen en libertad á otro.”

—¿Cree usted que Márquez dió la orden para que fusilasen á Ocampo?

—Sí. Si Zuloaga dice á Márquez: fusilen á ese hombre, e-toy cierto que Márquez hubiera dicho que nó.

—¿Es verdad que Cajiga atormentó á Ocampo en el camino de Pomoca á Tepeji?

—Lindoro me dijo: “Lo traje con todas las consideraciones.”

—¿Fué motivado por equivocacion el fusilamiento?

—Pasó el fusilamiento, no como una equivocacion, sino como un hecho.

—Y Cajiga ¿qué juicio tenía de Ocampo?

—Que era un hombre terrible por su capacidad, por no saber.

—De su muerte ¿qué decía?

—Estaba arrepentido y bien arrepentido; se quejaba conmigo, que lo habia traído como un amigo, para entregarlo al general en jefe.

—¿No le dijo Cajiga qué pensaba Ocampo al ser aprehendido?

—Ni pensaba él que lo mataran. Según Lindoro, creía que era cuestion de dinero.

—Usted ¿qué era de Cajiga?

—Intimos amigos, ántes y despues de ser soldado él y yo coronel.

—¿Que clase de hombre era Márquez?

—Terrible. Una vez en Peña Millen me dijo mi amigo el coronel Ibarguren que inflayera yo con Mejía para que se retirara del ejército ó le concedieran licencia, porque habia tenido un disgusto personal con Márquez. “Temo, me dijo, matar á Márquez ó que me mate.”

—Todos los conservadores compañeros del Sr. Zires, afirman terminantemente que se encontraban en Tepeji del Rio ese día que fusilaron á Ocampo en la Hacienda de Caltengo; sin embargo publicamos su descargo, porque queremos ser imparciales en esta cuestion histórica.

Puebla, 21 de Septiembre de 1891.—Sr. D. Angel Pola.—Apreciable señor:

Hoy ha recibido una carta del 15 del presente que me apresuro á contestarle, manifes-

tándole que me sería muy grato obsequiar sus deseos, informándole de cuanto yo tuviese conocimiento del desagradable atentado del Sr. D. Melchor Ocampo; pero desgraciadamente no puedo rendirle ninguno exacto, porque me encontraba á muchas leguas de distancia; en esos momentos me hallaba en la Sierra.

El Sr. Tr. jo se equivoca en el informe que dió á usted, y me permitirá manifieste que obra con gran ligereza en asuntos tan graves, sin estar plenamente seguro de lo que dice.

En cuanto pueda servirle, me tiene á sus órdenes.—*Agustín Zerecero.*

Puebla, Noviembre 26 de 1891.—Sr. Angel Pola.—México.—Muy señor mio de mi aprecio.

Por haber estado enfermo no habia contestado su grata de fecha 17 del presente, mas hoy lo hago con mucho gusto, manifestándole con franqueza mis ideas, respecto á los deseos que vd. tiene de aclarar el acontecimiento tristísimo de la muerte del siempre sentido Sr. Melchor Ocampo.

Siento mucho no poder dar á vd. informes sobre la muerte del Sr. Ocampo, porque no

quiero despertar odios y rencores, que el tiempo va amortiguando en el corazón de los mexicanos: correr un velo histórico sobre este triste acontecimiento, para que todos los hechos pasados de la revolución, pasen si es posible al seno del olvido y no manchen con sus recuerdos la historia de mi patria. Deseo más, que olvidando todo lo que atañe á la política, caminemos en lo de adelante con la paz y el progreso, que nos conducirá á la verdadera felicidad; y en esto creo que voy de acuerdo con la política del señor General Porfirio Díaz que nos ha traído muchos beneficios; por que contestar á las preguntas de vd., sería herir susceptibilidades y despertar odios políticos, que ya se están olvidando por fortuna.

Si tomé la pluma para defender al Sr. Márquez, sólo fué porque la verdad y la gratitud así me lo aconsejaron, porque no debía olvidar á mi general, de quien recibí educación militar y deferencia en todo; y porque tampoco quise que arrojaran sobre él una mancha que no le pertenece.

El partido conservador dará cuenta más tarde de este acontecimiento, así como el partido liberal también la dará de las victimas que sacrificó por defender sus ideas; por último, dire á vd., que me parece que á los hombres expatriados se les debe de tener más compasión, que censurarlos de sus actos y erro-

res políticos; estos fueron los móviles que me impulsaron á defender al señor General Márquez; por otra parte, puede vd. ver en "El Tiempo" la defensa que hice de mi general cuando lo atacó el Sr. Zuloaga, responsable único de la muerte del Sr. Ocampo, y á quien yo defendía hasta donde pude, pues fué amigo de mi padre y á quien llenó de distinciones cuando fué Ministro de Hacienda del siempre sentido General Herrera.

Espero de la bondad de v. l. que perdone mi franqueza al no contestar á las preguntas que me hace, porque estoy resuelto á no meterme ya más en la política.

Contestando vá su grata carta, me honro en titularme su afecto y muy atento servidor
Q. B. S. M.—Ismael Peña.

Dolores Hidalgo, Noviembre 10 de 1891.
—Sr. D. Ángel Pola. México.

Mi querido amigo.—Francamente, lo que yo diga á vd. respecto de la muerte del Señor Ocampo, no debe ser tomado á lo serio, pues además de mí ninguna competencia en asunto tan trascendental, vd. ha recopilado datos verdaderamente interesantes que no dejarán lugar

á dudas, en los juicios que se sienten sobre la culpabilidad de los Sres. Márquez y Zuloaga. Tengo para mí que muy culpables fueron ambos personajes; mas si se recuerda que el primero tuvo siempre la costumbre de cubrir sus crímenes aparentando subordinación é inventando una especie de verdad legal, en las justificaciones que maliciosamente para sí se preparaba, se tendrá que solo hizo una figura muy negra todavía para sus compañeros de partido.

Me bastarán tres citas en apoyo de mi humilde parecer, entre otras varias que pueden acreditar y sacar avante el carácter del ex-lugarteniente.

Primera: Yo no quería, dice Márquez en el manifiesto que dió en Nueva York, que se llamase siempre después de la batalla (11 de Abril de 1857); pero recibí la orden en términos tan opresivos, que no dejaba más arbitrio que obedecerla. En consecuencia la pasé á quien correspondía y yo me retiré á mi alojamiento, sin ocuparme de este penoso asunto. Ahora bien: probado como queda que las ejecuciones no fueron obra mía, sino del Presidente, pregunto ¿qué culpa tuve de que así lo dispusiera? . . . La orden del general Miramón dice: "En la misma tarde de hoy, y bajo la más estrecha responsabilidad de V. E. mandara sean pasados por las armas todos los prisioneros de la

clase de oficiales y jefes, dándome parte del número de los que haya cabido esta suerte.

Dios y Ley.—México, Abril 11 de 1857.—*Miramón*; Y la nota al documento número 5 con que el general Márquez acompañó el parte oficial de la acción de Tacubaya, expresa: “De estos, fueron pasados por las armas los que fungian de oficiales, con arreglo á la ley de conspiradores; luego Márquez, fraguando entrada ya la noche juntamente con oficiales y jefes. Sigue la prueba: el general Miramón, la víspera de ser ejecutado, escribía á su defensor Jáuregui, hermano de una de las víctimas: “Quiero hablar á vd. de lo de Tacubaya; tal vez verá vd. una orden mía para fusilar, pero esto era á los oficiales míos, y nunca á los médicos ni mucho menos á los paisanos. En este momento, que me dispongo para comparecer delante de D. os, hago á usted esta declaración.”

Segunda: “No quería mandar como revolucionario, dice Márquez en su opúsculo de la Habana, sino obedecer como soldado, sirviendo á las órdenes de un gobierno; y para que eso se verificara, di un estrecho abrazo á Zuloaga, en la Villa del Carbón, y lo declaré en voz alta que lo reconocía por Presidente de la República. Vino el fusilamiento del Sr. Ocampo pocos días despues; pero para que pesara la respon-

sabilidad sobre Zuloaga, el que por virtud de un estrecho abrazo fungía de primera Autoridad, se dió por equivocado, consintiendo en que el ayudante Andrade y el general Taboada, hicieran que el subalterno Santana (no recuerdo el nombre) ejecutara al Sr. Ocampo, en lugar del coronel Ugalde, de quien en aquel momento se hablaba.

Terminaba la vida de Maximiliano en el Cerro de las Campanas, el 19 de Junio de 1867 y Márquez, dentro de México sosteniendo todavía un sitio sin razon, supuesta la caída de su soberano; hacia publicar la más absurda é inicua de las mentiras, y se ocultaba despues de haber obrado un mes de propia autoridad. Decía el general Tavera: “El Exmo. Sr. General Logartiente, á las nueve de esta mañana me dice lo que sigue:—Exmo. señor:—A las diez y media de la noche anterior se me ha presentado el Sr. General Don Manuel Ramirez de Arellano, procedente del campo de S. M. el Emperador (despues de haber perdido cuatro días que estuvo oculto en Tacubaya), y dicho señor General me ha dado la plausible noticia de que el ejército imperial de Querétaro viene en marcha en auxilio de esta Capital, mandado por el Soberano, quien en breve estará á nuestra vista y sobre el enemigo. Tan plausible noticia mandará V. E. se publique en orden general